

# Al Servicio de la vocación laical. Crecer en la colaboración y formación para el Nuevo Sujeto Apostólico

---

*Francisco Ivern, sj*

Colaborar cada vez más estrechamente en la misión con los laicos y laicas que comparten nuestra espiritualidad y carisma constituye hoy para la Compañía de Jesús un verdadero desafío. Un desafío todavía mayor, sin embargo, es el de situar y promover esa colaboración en su propio y correcto contexto: Es decir, en el contexto más amplio de la participación de los laicos en la misión de Cristo y de la Iglesia y de la creciente valorización de esa participación en los días de hoy. Es a la luz y en el respeto de esta vocación y misión que nosotros, aunque de un modo diverso, también compartimos, que la colaboración entre jesuitas y laicos adquiere su verdadero valor y significado.

Últimamente, en América Latina, venimos usando la expresión *nuevo sujeto apostólico* para significar esa labor conjunta de laicos y jesuitas en una común misión. Algunos, sin embargo, conciben ese *nuevo sujeto* casi únicamente en el contexto de nuestro apostolado específico, o, sobre todo en función de nuestras obras y ministerios. Para ellos, colaborar con los laicos en la misión sería más una concesión de nuestra parte, que una necesaria e inevitable consecuencia de la participación cada vez más activa, consciente y responsable, de los laicos, varones y mujeres, en la evangelización de la sociedad. Sin una visión más amplia y eclesial, el peligro de que ese *nuevo sujeto* ya nazca atrofiado, el fruto híbrido de un cruzamiento poco feliz de la vocación laical y religiosa, es bien real.

---

\* Jesuita. Presidente de la CPAL. Río de Janeiro, 12 de septiembre 2004.

Se subraya, y no sin razón, que muchos laicos no están todavía preparados para esa colaboración con nosotros en una común misión; que a veces les falta la motivación y la formación necesarias para ello. Pero también es verdad que no pocos jesuitas, a pesar de su larga formación y de haber pasado repetidamente por la experiencia de los Ejercicios Espirituales, carecen de las actitudes y de los hábitos necesarios para poder dialogar y colaborar con los laicos en un clima franco y abierto, de mutua confianza y respeto. La colaboración entre jesuitas y laicos, tal como la describe la CG 34<sup>a</sup>, exige ciertamente una formación adecuada; pero exige, sobre todo, tanto de los laicos como de jesuitas, y hasta me atrevería a decir más aún de estos últimos, un cambio de mentalidad, una verdadera conversión, para poder adherir plenamente al nuevo paradigma apostólico que, a partir del Concilio Vaticano II, nace en la Iglesia y en el cual los laicos son llamados por la misma Iglesia a desempeñar un papel protagónico.

En el pasado, disponiendo de recursos humanos y materiales relativamente abundantes, sustentados por una larga y gloriosa tradición, nos acostumbramos a trabajar solos o auxiliados simplemente por subalternos, por personas empleadas para trabajar bajo nuestras órdenes o, a lo más, para colaborar con nosotros en instituciones de las que éramos los exclusivos propietarios y de las cuales definíamos autónomamente su misión, metas y objetivos. Aunque la situación ha cambiado bastante en esos últimos decenios, en algunas regiones más que en otras, muchos no han todavía asimilado el hecho de que estamos al servicio de una misión que no es exclusivamente nuestra, sino que compartimos con otros, particularmente con aquellos que tienen una visión del mundo y de la sociedad semejante a la nuestra y se inspiran en las mismas fuentes: los Ejercicios Espirituales Ignacianos. Con frecuencia hablamos de nuestros colaboradores laicos en el sentido de que ellos colaboran *con nosotros*, en el contexto de nuestra misión específica y de nuestras propias obras y ministerios. La colaboración entre laicos y jesuitas, sin embargo, no puede quedar sólo circunscrita dentro de esos parámetros, por muy legítimos que sean. La Compañía de Jesús reconoce como *una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro* el que los laicos participen cada vez más activa y responsablemente en la misión de la Iglesia. Nosotros, como jesuitas,

*deseamos responder a esa gracia poniéndonos al servicio de la plena realización de la misión de los laicos y nos comprometemos a llevarla a buen término cooperando con ellos en su misión (CG 34ª, d. 13, n.1).*

La cuestión de la colaboración con los laicos en la misión, por muy exigente y compleja que sea, no debe ser vista como un problema, menos todavía como una amenaza. Es una gran oportunidad que Dios nos ofrece para ampliar el alcance y potenciar el impacto de nuestra propia misión, y hacer más presente el Reino de Dios en el mundo, especialmente en lugares y ambientes para nosotros menos accesibles, a través de personas que comparten nuestra espiritualidad y modo de proceder. Por otro lado, esa colaboración nos obliga a salir de nosotros mismos, a abrir las puertas y ventanas de nuestras comunidades e instituciones apostólica para dejar entrar ese aire nuevo que viene del Espíritu, que nos da nuevo vigor y puede contribuir para aquella renovación religiosa y apostólica que necesitamos y anhelamos.

Francisco Ivern (2004). Al Servicio de la vocación laical.  
Revista CIS, Roma, Vol. 35, Nº 107 (noviembre), pp. 22-24.